

EL ALAMO DE LA PLAZA

Alamo de mis años infantiles,
quitasol vegetal, fresco y haldudo;
monumental sombrero campanudo
sobre la calva plaza sin perfiles.

Cuando el cielo dilúyese en añiles
y púrpuras, el viento norte, rudo,
azotaba tus ramas corajudo
y dispersaba pámpanos a miles.

Manos feroces te descuartizaron
y esparcieron tus miembros en jirones
haciendo escarnio de tu cuerpo muerto.

¿Dónde cuelgan su nido los gorriones
que al derribarte sin hogar quedaron?...
¿Dónde darán los tordos el concierto?...

EUGENIO PAYO



TE QUIERO MAS QUE A NADIE

Para mi A. E.

Te quiero más que a nadie, Amada mía.
Porque eres la razón de mi existencia;
Eres el agua de mi sed, la esencia
De mi amor, mi dolor y mi alegría.

Eres la luz de venturoso día
Cuando siento tu ser en mi presencia;
Eres mi noche, que al llegar tu ausencia
Vivo una soledad obscura y fría.

Yo quisiera ligar a ti mi vida
Fundándome contigo en un abrazo
Sin que jamás llegara tu partida...

Quisiera adormecerme en tu regazo
Con el alma a la tuya tan unida...
¡Que ni Parca rompiera nuestro lazo!

SIXTO RAMOS CIUDAD



Voces y expresiones viciosas

Pleno



lo largo del tiempo,
son muchas las ve-
ces que nuestros ve-

cinos de allende el Pirineo nos han tomado por modelos. De *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, sacó Corneille el suyo, y de *La verdad sospechosa*, de Alarcón, *Le menteur*. Dorimond, Villers, Molière y la Jorge Sand —esta última en su *Lupo Liverani*—, se inspiraron en Tirso, y Lesage copió todo un género literario: la novela picaresca. Como la imitación supone la preexistencia de un patrón que consideramos ejemplar, pues sólo lo bueno debe ser imitado, nada habrá de halagarnos tanto como que se nos tenga por tipo ideal en que inspirarse. Ni jamás nos sentiremos más empequeñecidos y desvalorados que cuando vamos en seguimiento de otros patrones literarios. Y pase si este ir en pos de ellos obedece a la hermosura y trascendencia de las ideas, de los sentimientos o simplemente de la forma que pretendemos asimilar. Pero será vicio detestable que remedemos ciertos modos de expresión, nacidos en el país de origen, de la pobreza o limitación de su lenguaje.

Cuando los franceses usan la palabra pleno—*plein*—, la emplean lo mismo respecto de un sustantivo abstracto que de uno concreto. No distinguen como nuestros buenos escritores, los no infestados de tan appestoso galicismo lo abstracto de lo concreto: *En plein parlement, en pleine mer, en pleine jeunesse; pleine autorité, plein domaine, pauvre*...

«¡Ved la luna en los cielos azules—cristalina, fantástica, plena»...

(1) Fernando Velarde. (*De noche en las playas de Chile*).

En cambio, el príncipe de nuestros novelistas, dirá: «...depositando su ira en las mangos de un verdugo, que por no estar sobornado, usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas.»

Y el P. Isla, Balmes, Menéndez y Pelayo, Ortega y Gasset, Duque de Maura y tantos otros que podrían aducirse como paradigmas de bien decir a este respecto, escribirán:

«Santiguóse con pleno magisterio»... (*Fray Gerundio de Cam-pazas*).

«...¿será un fallo dado con pleno conocimiento de causa?». *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*.

«...le descubrió muy en secreto que deseaba ardientemente ir a estudiar dos o tres años en Witemberg para oír a Lutero y poder

(1) Llena estaría bien dicho.

combatir sus opiniones con pleno conocimiento de ellas y con mejores armas»... (*Historia de los Heterodoxos Españoles*).

«...empezamos a querer ser nosotros mismos, a veces con plena conciencia de nuestros radicales defectos.» *El Espectador*. T.º I).

«...tendremos que preguntarnos en qué consiste ese estado subjetivo de plena satisfacción.» (Ibidem).

«Mas habiendo sido expulsada la representación en cuyo servicio iba originariamente, se tiene que buscar otra cuyo tránsito a la plena conciencia y al mecanismo motor de los músculos no ofrezca dificultad.» (Ib.)

«El doble juego del astuto Barón se había prolongado quizá hasta la plena madurez de sus designios.» (*Vida y reinado de Carlos II*).

Pleno de vida, de juventud, de indignación, de ira, de dolor... por lleno, son otros tantos chirlos o rasguños a la pureza del lenguaje. *Plein de vie, de jeuneuse, d'indignation, d'ire, de douleur, de melliflue faconde*, etc.

Y como la peste gálica nada respeta, nuestros legisladores, vultuos de espaldas a la lógica y desentendidos de la sana literatura, llamarán pleno («*en plein conseil, en plein tribunal, en presence de tous ses membres*») a la totalidad de las corporaciones, sin caer en la cuenta que al denominarlas así dan pie para que se cometa el enorme dislate de decir «que el Pleno—y a lo mejor sólo habían asistido la mitad más uno de sus miembros—acordó esto o aquello.»

No creemos que ningún jugador de ruleta cuando ha acertado «un pleno», se resigne a cobrar la mitad más uno de lo que correspondiera a la postura que hizo. Sin embargo, la ley, que por el alto y ejemplar cometido que realiza debiera cuidar del ornato y exactitud de sus formas expresivas, autoriza que un «Pleno chato», si se nos permite hablar así, asuma el valor de la totalidad.

Porque no será necesario decir que pleno, del latín *plenus*, equivale a lleno, completo; como plenitud—*plenitudo*—a totalidad, integridad: calidad de pleno, lleno, completo, etc.

Son incorrectas y huelen a gabachas o afrancesadas estas expresiones tan corrientes hoy en libros, periódicos y revistas:

«En pleno invierno; en plena estación estival; en pleno Parlamento... Pleno de virtudes, de salud, de energías...»

Aquellos muchos estaban plenos de ilusiones... La sala, plena de gente, ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades.»

Lector:

Pues el genic del idioma
impone a pleno sus leyes
una de dos, las respetas
o escribes a lo Molière.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

GLOSA A UN LIBRO DE VERSOS



ARACELI Spinola de Gironza, nos acaba otra vez de sorprender y deleitar con su nuevo tomo de poesías, «Rosas y Espigas»; salido de su forja sentimental. Como las «Sinfonías musicales», este libro donde la temática arranca del corazón, aunque amplio en su contenido expresivo, ético y estético, puede decirse, que enlaza con su producción anterior, por la llama que lo alimenta, que lo alumbraba y que lo consume, ya que puede decirse con sobrada razón, que tiene un enlace lírico musical e íntimo en el motivo inspirador, que por el filón de nso e inagotable que lo informa, fácilmente puede condensarse en la palabra: ¡Amor! Tiene un policromo cambiante, matizado y tornasolado barniz externo, para quedar como sustancia de su contenido, la idea única, permanente y alentadora de su firme tesón de apostolado, hilo sutil y sobrio a la vez que da cohesión y unidad al libro. Libro al que nos lo figuramos, como una amplia página melódica donde se barajan nuevas ideas, encauzadas, orientadas hacia el mismo tema, tema único, afán perpetuo de la autora, en todo momento de recepción sensible; ya sea un panorama íntimo del alma, puro sagrario de las más altas idealidades y excel-situdes; ya sea un bello paisaje exterior, en cuya magnificencia y grandeza, también está presente, la suma omnipotencia del Amado.

En este nuevo y breve tomito «Rosas y Espigas», se acusa más depurada la forma poética. Se flexibiliza el lenguaje, se aquilata la manera y modo de decir, sin perder ni espontaneidad ni frescura, y las imágenes más variadas y felices llenan el libro de una plasticidad y simplicidad cristalinas. Escojo al azar algunas de ellas para señalar aciertos de captación y de expresión.

Muy bello el canto a la Esperanza. «Acaricia nuestra frente». Muy logrado el múltiple acento de amor universal; «Por eso yo quisiera», donde la plasticidad lírica es pincel caricioso, que matiza e ilumina el pensamiento con un color puro y transparente, que es tan justo «en la nieve extendida como blanco sudario» en la cima del monte, como en la hoja seca que arrancó el otoño, igualmente acertado en el trébol verdinegro y la flor amarilla de las tumbas, que en las rozagantes adelfas rosas, que marcan el curso de los ríos, como cintas de seda. Es muy noble dolor en el alma sensible de Araceli, mirar las flores sin perfume, las ramas de los árboles desnudos, los pajarrillos huérfanos de nidos y la verdura de los prados, muerta.

Hay un exaltado deseo por todo lo bello, cuando hace sus franciscanas «peticiones» a la madre Naturaleza. La parte del libro «Cantares» está transida de una agudeza y real filosofía.

En la parte «Semblanzas» es de una deliciosa delicadeza el «Villancico Nupcial», blanco ramillete de lunados azahares. Linda mi-